

II. CONDICIONES DEL SOMETIMIENTO



© Lesivo Bestial | Veneno en la piel | Pintura en aerosol sobre lienzo | 1,8 x 2 metros | 2008



© Lesivo Bestial & Camilo Ara | Terror | Mural exterior | 3 x 3 metros |

La voz de los oídos

Maniobras subjetivas de la indefensión



SEBASTIÁN PLUT *

Universidad Abierta Interamericana, Buenos Aires, Argentina

Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, Buenos Aires, Argentina

La voz de los oídos

Voice of the ears

La voix des oreilles

En este artículo se describe, desde el punto de vista freudiano, la lógica de la retórica neoliberal y cómo opera en la mente de sus votantes. Asimismo, se describe el tipo de obediencia que se desarrolla bajo esa cosmovisión política, y el sometimiento al que se entregan quienes se adhieren a ella. En todo ese conjunto, se afirma la existencia de un isomorfismo entre pandemia y mercado, que lleva a cuestionar por qué para el sujeto neoliberal no hay rebelión posible.

Palabras clave: retórica, obediencia, pandemia, mercado, desvalimiento.

This article describes, from a Freudian point of view, the logic of neoliberal rhetoric and how it operates in the minds of its voters. Likewise, it describes the type of obedience that develops under this political worldview, and the submission to which those who adhere to it surrender. Throughout this set, the existence of an isomorphism between pandemic and market is affirmed, which leads to question why for the neoliberal subject there is no possible rebellion.

Keywords: rhetoric, obedience, pandemic, market, helplessness.

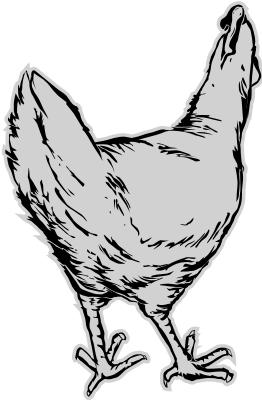
Cet article décrit, d'un point de vue freudien, la logique de la rhétorique néolibérale et comment elle opère dans l'esprit de ses électeurs. De même, le type d'obéissance qui se développe sous cette cosmovision politique du monde et la soumission à laquelle ceux qui y adhèrent se soumettent sont décrits. Là-dedans, l'existence d'un isomorphisme entre pandémie et marché est affirmée, ce qui conduit à se demander pourquoi il n'y a pas de rébellion possible pour le sujet néolibéral.

Mots-clés: rhétorique, obéissance, pandémie, marché, impuissance.

CÓMO CITAR: Plut, Sebastián. "La voz de los oídos. Maniobras subjetivas de la indefensión". *Desde el Jardín de Freud* 21 (2021): 123-141, doi: 10.15446/djf.n21.101226.

* e-mail: stplut@gmail.com

© Obra plástica: Lesivo Bestial



1. Pascal Quignard, *El odio a la música* (Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1998), 60. La cursiva es mía.

I

La generosa y sugerente invitación de *Desde el Jardín de Freud* nos convoca a pensar a partir de la célebre sentencia de Quignard: “*las orejas no tienen párpado*”¹. Se desprende de allí, para el autor, la presunción de que el modelo absoluto de pasividad lo podemos pesquisar en el sistema auditivo. Resonancias etimológicas, incluso, apoyan su aserto, toda vez que aquellas reúnen dos actos: oír y obedecer. Asimismo, la tríada conceptual que propone la revista, “obediencia, indignación, sublevación”, puede devenir en un juego de siglas y transformarse en *oís*, esa modalidad verbal que impone a un otro un determinado registro auditivo.

Lo dicho en el párrafo previo reconoce senderos y derivas inabarcables en un conjunto unificado cuando se trata de la singularidad, del caso, como decimos los analistas. Pero aquí seguiremos otras huellas, las de las improntas que deja en la subjetividad el neoliberalismo o, para exponerlo en términos de la actualidad, el isomorfismo entre pandemia y mercado.

II

El movimiento espontáneo de un bebé que cierra los ojos ante el rayo lumínico fue el modelo que Freud tomó para desarrollar su teoría de las defensas: el sujeto se fuga ante un estímulo doloroso y lo sustituye por otra percepción. En ese sentido es cierto lo que nos dice Quignard, que las orejas no tienen párpado. Por ello, si la percepción visual provee la matriz de los procesos defensivos, la percepción auditiva quizá nos explique las maniobras subjetivas de la indefensión.

III

No pretendemos refutar la citada afirmación de Quignard, pero sí matizarla. En efecto, que las orejas no tengan párpados no impide, tal como indica el sintagma popular, *hacer oídos sordos*. Así como podemos *prestar oídos*, y entonces nuestra investidura de atención se dirige a nuestro interlocutor, también resulta posible, no sin costo psíquico, desinvestir la masa sonora ajena. El destino de lo oído, a su vez, también

es heterogéneo, ya que el carácter intrusivo de la voz del otro puede variar en sus magnitudes y, por lo tanto, convocar en mayor o menor medida las significaciones de las que dispone el oyente o, en el otro extremo, arrasar con ellas. Hay otras dos alternativas que podemos considerar, ambas incluidas en lo que llamaremos *producción de la voz de los oídos*. La psicopatología cuenta con diversas hipótesis para explicar, por ejemplo, las alucinaciones auditivas, esas voces autoengendradas y que tanto suelen hostigar a quien las escucha y padece. Sin embargo, me interesa aquí subrayar la segunda alternativa: la de quienes van a buscar aquello que desean oír y, luego, lo toman como un pensamiento exterior que han incorporado. Numerosos estudios de científicos sociales sobre las representaciones, la opinión pública, la ideología, etc., han naufragado en este punto, o bien sus elucidaciones se han detenido al estimar, únicamente, que la subjetividad es moldeada por los discursos dominantes, como si los receptores de aquellos mensajes no fueran, al mismo tiempo, productores de estos. Desacuerdo en el que, aun entre psicoanalistas, se entromete un sesgo conductista que homologa *lo psíquico* con una *tabula rasa*.

IV

Las orejas no tienen párpados, pero el oído es capaz de producción sonora. Una hipótesis de Freud se orienta en una dirección similar: “*La espacialidad acaso sea la proyección del carácter extenso del aparato psíquico*”². Aquello que encontramos en el mundo requiere, inicialmente, de un proceso proyectivo que, desde ya, es complejo. Que todo psicoanalista haya escuchado decir a un paciente que uno le dijo algo que uno nunca pronunció es una ilustración sencilla de lo que estamos describiendo. Winnicott, por su parte, en más de una ocasión se refirió a *crear lo que existe*.

Un chiste reciente de Daniel Paz, humorista gráfico de Argentina, exhibió con lucidez parte de lo que estamos indicando. Una joven observa a su padre que está leyendo una noticia en un portal periodístico, y le dice: —*No, papá. Esa es una noticia falsa*. A lo cual su padre le responde: —*Pero, ¿cómo va a ser falsa si dice justo lo que yo pienso?*

Ya señalamos el punto ciego en el que ingresan los estudios de opinión pública si estos solo captan la presunta eficacia de los mensajes recibidos y desestiman los modos de pensar que imperan en muchos sujetos que solo *buscan su confirmación*. Sujetos a los que, se deduce, no podría importarles el criterio de verdad/falsedad de una información, pues no es eso lo que anhelan. Cuanto mucho piden un revestimiento —que será cambiante— para validar un modo de pensar que antecede a toda noticia.

2. Sigmund Freud, “Conclusiones, ideas, problemas” (1941 [1938]), en *Obras completas*, vol. xxiii (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 302. La cursiva es mía.

V

Rescatemos el significante *sentidos*, algo desprestigiado en parte de la bibliografía. No será casual que el mismo término incluya las formas lingüísticas de la significación, de la semantización y, simultáneamente, se utilice para nuestro sistema múltiple de registro, nuestros cinco sentidos: el olfato³, la vista, el tacto, el gusto y el oído. No evitamos una redundancia: nuestros sentidos crean sentidos, y no hay en esa lógica un funcionamiento ni lineal ni ingenuo.

VI

Recurrimos, también, a la hipótesis de Freud sobre el triple vasallaje del yo respecto de las exigencias de la pulsión, el Superyó y la realidad. Dicho en un lenguaje más simplificado, el Yo se ve en la tarea de conciliar lo que desea, lo que debe y lo que puede, y cualquier alternativa que suponga el exceso de una de tales interacciones en desmedro de las otras será una fuente de conflictos. Si solo tomamos en cuenta lo que queremos hacer, el riesgo será la ilusión de omnipotencia; si solo respondemos a lo que debemos hacer, el riesgo será el sometimiento, en tanto que si solo registramos lo que podemos hacer, el riesgo será limitar nuestra imaginación y nuestra creatividad.

VII

Trazar los problemas y costos de la cuarentena es una tarea necesaria y nos exige un aprendizaje. No me refiero únicamente a lo que podamos descubrir en cuanto a sus efectos colectivos y singulares, sino a la dimensión que debemos esperar de toda solución: esta siempre será más pequeña que el problema que le dio origen. Hay, por cierto, quienes se aprovechan de esta ineludible insuficiencia para abominar el confinamiento. Así, a diario exhiben sus perjuicios cual si aquella (la cuarentena) no tuviera como precuela una pandemia. Es frecuente que un paciente que haya atravesado una operación quirúrgica más o menos severa describa penosamente su experiencia durante los días en que estuvo internado en terapia intensiva. Momentos de aislamiento, sentirse sometido cotidianamente a extracciones de sangre, medicamentos, sueros, etc. Sin embargo, la mayoría no olvida que fue la secuela de un daño mayor que requería una solución, adversa pero insoslayable.

Pese a la larga historia de pestes y pandemias que asolaron a la humanidad, aun nos resta aprender el modo en que ellas agitan el alma humana, ya sea la de quienes encuentran allí la única versión de lo social, ya sea la de quienes descreen por completo de su transmisibilidad.

3. Véase el impactante relato de Ana Longoni sobre la pérdida del olfato como síntoma que anuncia que estaba contagiada del coronavirus. Ana Longoni, "No tener olfato", *Revista Anfibio* (2020). Disponible en: <http://revistaanfibio.com/cronica/no-tener-olfato> (consultado el 20/07/2020).

VIII

Ya es un ritual que todas las noches, a las 21 horas, miles de ciudadanos salen a sus balcones a aplaudir a los médicos, a elogiar su esfuerzo y dedicación. En paralelo, ha ocurrido que a muchos profesionales de la salud sus vecinos han pretendido expulsarlos, de los edificios en los que viven, por temor al contagio.

No hay ningún censo posible que nos permita saber son dos grupos sociales diferentes (los que aplauden y los que excluyen), un mismo grupo, o bien se dan combinaciones diversas. Sin embargo, una reflexión algo más precisa minimiza ese inaccesible dato, pues alcanza con comprender el trasfondo de ciertas alabanzas. Se atribuye a Freud haber dicho que es más fácil defenderse de las críticas que de los elogios, pues ante estos últimos uno se encuentra indefenso. Y tenía razón. Al médico se lo celebra en tanto realice un *sacrificio*, solo bajo esa condición y en esa única circunstancia. Cuando ello cambia, y se muestra como un sujeto más, ya pierde su gloria. Un refrán dice que “*a caballo regalado no se le miran los dientes*”, lo cual solo significa que al regalo (elogio) no está permitido detectarle su hostilidad. ¿Acaso no ocurre algo idéntico con los docentes, a quienes se los puede exaltar *ad infinitum* por su vocación de servicio, pero de inmediato son destinatarios de todo tipo de agravios cuando, por ejemplo, reclaman por sus salarios? Insistimos, hay un tipo de sujeto, al que entendemos como el que ostenta un yo-neoliberal⁴, que falsamente agradece, pues lo que exige es que el otro se inmole. ¿Cuáles son sus miedos? ¿En qué consiste la intensa ominosidad de la que buscan protegerse a través de la exclusión?

IX

El humano no se aviene a pensar en el dolor. Lo negamos o bien solo lo miramos de frente ante lo catastrófico, ante la inminencia de la muerte, cuando aquel afecto ya no se distingue de la angustia automática. Si no es así, el dolor será siempre ajeno, de otro. Tal es la vivencia que muchos sujetos pretenden tener sobre su propio desvalimiento, sobre la universal vulnerabilidad que nos identifica a unos con otros. La proyección y la expulsión son armas fatales y, tras prejuicios, xenofobias y estigmatizaciones de todo tipo, se esconde el oscuro propósito de desconocer el propio desvalimiento. Algunos, los poderosos, cuentan con recursos para sostener, aunque sea transitoriamente, su ilusión de omnipotencia. Otros, los que se sacrifican ante (y para) los poderosos, solo atinan a buscar algún otro desgraciado al que exigirle que se sacrifique aun un poco más.

El sujeto neoliberal se cuenta entre los que no admiten un costo negativo, es incapaz de asumir las consecuencias de una gravosa situación, aun cuando ese mismo

4. Sebastián Plut, *Escenas del Neoliberalismo* (Buenos Aires: Ediciones Ricardo Vergara, 2019).

5. En un anterior trabajo expuse un análisis crítico sobre los imperativos organizacionales del *management* ligados con la motivación, con el “tú puedes ser emprendedor”, etc. Allí expuse la falacia que entrañan tales órdenes, así como el problema de lo que queda invisibilizado a través de *hacer creer* que es un deseo

cuando es solo un imperativo. Ver: Sebastián Plut, *Trabajo y subjetividad* (Buenos Aires: Psicolibro, 2015). Por otra parte, aprendamos que los imperativos, en el mejor de los casos, son eficaces en el campo de la acción: lo que debemos (o no debemos) hacer. Sin embargo, no logran gran cosa en el terreno del pensamiento

y, mucho menos, en el afecto, al que precisamente Freud entendía como no domeñable por el yo. De allí se deriva una instrucción sobre la pandemia, sobre todo para los profesionales de la salud mental: será conveniente evitar sugerir (zimponer?) “no tenés que tener miedo”, pues nadie disipa un malestar

por obra de una orden o un consejo, tenga o no el malestar una motivación objetiva. Más aun, si persistimos en esos propósitos, aun cuando resulten de nuestras buenas intenciones, corremos el riesgo de convertirnos en representantes de una instancia sádica ante la cual el sujeto angustiado no solo conservará su pena, sino que, además, sentirá que es juzgado de inútil o algo similar. Ver:

Sebastián Plut, *Los Coronautas. Pánico colectivo y sufrimiento psíquico* (Buenos Aires: Ediciones Ricardo Vergara, 2020).

sujeto tiene la experiencia de padecer las severas consecuencias de la depredación neoliberal. El saldo de la pandemia, inevitablemente, será negativo. Aun cuando despleguemos nuestra creatividad, logremos realizar ciertos proyectos, aprendamos o descubramos algo, el desenlace será negativo, para los cuerpos, las almas, la economía, etc. Por qué resulta tan impensable la inevitabilidad del dolor es un problema que aun espera respuestas, pues los adalides de la autoayuda desean hacernos creer no solo que debemos salir rápido de todo sufrimiento, sino que además cada uno podrá hacerlo por cuenta propia⁵. Al referirse a la carga psíquica que todo ser humano debe soportar para sostener la convivencia, Freud señaló tres destinos simultáneos: una parte deberá ser *reducida*, otra deberá compensarse con algún *resarcimiento* y, por último, con una parte de ella deberemos *reconciliarnos*.

X

Se ha dicho que la pandemia “desnudó” las *miserias del capitalismo*, las profundas *desigualdades* que el sistema fabrica. Las veces que leí esta presunta revelación me dejaron una impresión contrariada. ¿Ante los ojos de quién, supuestamente, el capitalismo y sus iniquidades habrían perdido sus vestiduras? ¿No es un saber ya consagrado, incluso un observable que no pide demasiado esfuerzo para ser notado, que el capitalismo es una economía de la desigualdad? Si así ocurrió, si efectivamente el coronavirus desnudó la inanición social de la que se alimentan los grupos concentrados de poder económico, es porque tal evidencia opera como una lente de aumento para los miopes del mundo, para aquellos que solo oyen su propia voz. Para todos los demás, la emergencia sanitaria no es sino una ocasión más severa en la que las insuficiencias propias del capitalismo exhiben su persistente incapacidad.

Se revela así la ilusión de quienes estiman que aquel fue (o será) uno de los efectos de la pandemia, una fantasía que pronostica una transformación social operada por un virus. Tanta parece ser la necesidad de creer que los indiferentes serán sensibles ante el daño, tanta la incredulidad ante la impavidez que pervive aun entre tanta miseria, que se viralizó una frase que falsamente se atribuyó a *La peste* de A. Camus: “*Lo peor de la peste no es que mata a los cuerpos, sino que desnuda las almas y ese espectáculo suele ser horroroso*”. Una vez más, debemos entender que hay tantos que solo escuchan la voz de sus propios oídos.

XI

Aun con limitaciones de diverso tipo, provocadas por razones también diversas, Argentina cuenta con un sistema público de salud considerable y, más aun, con una

larga tradición en ese sentido que le ha permitido resistir a los embates neoliberales. Pese a ello siempre retorna el latiguillo que cuestiona su *gratuidad*. Como suele ocurrir, cada avanzada neoliberal constituye una afrenta a la dignidad humana, a la vida, y no es infrecuente que una de sus armas retóricas sea la simplificación banalizante. El cuestionamiento (en apariencia) central suele apuntar al “*derroche*” que significa el gasto público y logran que una parte considerable de los ciudadanos destine su energía a reproducir invectivas dirigidas a objetar dicho gasto. Al punto que hasta pueden gritar, como si fuera un argumento y un aspecto negativo, “*dejen de decir que es gratuita, porque lo pagamos entre todos*”, como si no fuera una obviedad y como si el erario no se constituyera con el aporte de los ciudadanos. Incluso, por esa vía se crea otro resultado consistente en una catarata de agravios prejuiciosos y xenófobos, por ejemplo, que los extranjeros usan nuestros hospitales, universidades, etc. Se caracteriza de dos modos a un presunto sujeto *aprovechador*: o bien porque es alguien de afuera que se beneficia de lo nuestro; o bien que el aprovechador es una suerte de vago, perezoso, que busca *vivir de arriba*⁶.

Sin embargo, el objeto principal del agravio no es el uso del dinero del Estado, ya que, de hecho, si hay algo oscuro y funesto es el destino que tienen las arcas públicas cuando hay un gobierno neoliberal. Lo que esencialmente se intenta esmerilar es un concepto de sociedad, de cohesión, de solidaridad, si se quiere, como decía Freud, de *justicia social*: “*La justicia social quiere decir que uno se deniega muchas cosas para que también los otros deban renunciar a ellas o, lo que es lo mismo, no puedan exigirlas*”⁷.

En suma, el valor de un sistema público de salud no consiste solamente en que por su *gratuidad* resulte accesible para todos y todas, sino porque imprime un sentido específico a la convivencia, porque exige una restricción de los narcisismos dispersos de los individualistas, porque abona que el *cuidado* no es solo de sí, sino también hacia los otros y desde los otros.

XII

No muy lejos de ello se abre el debate sobre los límites que debe tener la intervención del Estado, hasta dónde debe llegar y cuál es la zona que debe respetar sobre la vida privada. Dicho de otro modo, cómo se combina un Estado protector con la función del Estado prohibidor, su rol como detentor del monopolio legal de la violencia y su papel en proteger a los ciudadanos del desamparo. No fueron (ni son) pocas las batallas para que problemas sociales como las adicciones, por ejemplo, o el aborto, dejen de ser materia del Código Penal para que ocupen el lugar que deben tener, esto es, asuntos de la salud pública⁸. Por caso, la consigna “*mi cuerpo es mío*”, que instalaron

6. Resulta notable que la evidencia empírica, en todo caso, indica lo contrario. Suelen ser los usuarios de sistemas privados de salud quienes argumentan que “ya que pagan” van a tratar de utilizar todos los servicios que se les ofrecen. En efecto, es la lógica del mercado la que alimenta la voracidad de los consumidores, mientras que tal cosa no suele ocurrir con la lógica pública.

7. Sigmund Freud, “*Psicología de las masas y análisis del yo*” (1921), en *Obras completas*, vol. xviii (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 114. La cursiva es mía.

8. Ver: Sebastián Plut, *El malestar en la cultura neoliberal* (Buenos Aires: Letra Viva, 2018); y Plut, *Escenas del Neoliberal-abismo*.

los colectivos de mujeres, no procura homologar el cuerpo con un bien privado, con un objeto que cada quien determina según su arbitrariedad. Si así fuera, de hecho, quienes sostienen aquel sintagma deberían, por ejemplo, oponerse a la obligatoriedad del calendario de vacunas y no sucede nada de eso. Debemos, pues, despojar de la frase “mi cuerpo es mío” toda resonancia que intente asimilarla al paradigma individualista y meritocrático, ya que su función se desliza hacia otros sentidos. Por un lado, y quizás en esto sí hay un componente de privacidad⁹, se trata de la decisión singular de cada quien sobre su propia sexualidad. Simultáneamente, procura poner un freno a las acciones abusivas que, crónicamente, se han ejercido sobre el cuerpo de las mujeres. Finalmente, establece que la distancia entre “mío” y “protección estatal” no coloca a los términos en posición de exclusión recíproca, de lo cual es una palmaria evidencia la sostenida lucha por la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo.

XIII

En poco tiempo, aproximadamente dos meses, el COVID-19 dejó de ser un asunto de China para pasar a ser mundial, planetario. El estupor que produjo, entonces, no fue solo por las cifras de contagio y letalidad que se indican, sino por su acelerada circulación. Hay allí, para los psicoanalistas, un fenómeno que nos interroga, sobre todo a la luz de lo que Freud¹⁰ examinó sobre el contagio afectivo. Mi hipótesis es que se superponen dos tipos de angustia cuando al contagio viral se le adiciona el psíquico. Por un lado, y razonablemente, se despabilan una cuota de temor ante el riesgo de enfermarse; por otro lado, hay otro tipo de angustia que hace pie en los surcos que ha dejado la cultura individualista cuando, súbitamente, los sujetos sienten que hay un factor de unificación de la especie humana. Esto es, a la preocupación por las afecciones orgánicas le suman la aversión a todo tipo de razón que los haga sentir que pertenecen a un colectivo más amplio que el propio grupo.

XIV

Razones teóricas y epistemológicas, pues, me impiden adherir a las tesis que anuncian que la pandemia asestará un golpe letal al capitalismo. Intuyo que esas proposiciones solo son producto de una mezcla de ilusión y espanto, ambos afectos surgidos al sentir que estamos viviendo una suerte de momento único en la historia de la humanidad. Las razones teóricas, que en rigor se valen también de la experiencia histórica, no nos permiten suponer que la *naturaleza* humana sufra transformaciones significativas como consecuencia de tragedias, sean naturales o humanas. Nada nos autoriza a

9. Claro que aquí la palabra *privacidad* no se corresponde con la posesión de un bien material, sino con el derecho sobre la propia intimidad subjetiva.

10. Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo”.

suponer que en la etapa pospandemia seremos ni más buenos ni más malos, ni más altruistas ni más egoístas. Durante la Primera Guerra Mundial, Freud respondió así a quienes se espantaban por lo bajo que habían caído los seres humanos cometiendo tantas atrocidades: “no cayeron tan bajo como temíamos, porque nunca se habían elevado tanto como creímos”¹¹. Del mismo modo, podríamos decir: no se elevaron tanto como creímos, porque no habían caído tan bajo como temíamos. Es, pues, puro optimismo infundado creer que millones de sujetos habrán descubierto, por obra y gracia de un virus, los valores profundos de la vida y el sentido pleno de vivir en sociedad. En cuanto a las razones epistemológicas, se asientan en la negativa de Freud¹² a considerar al psicoanálisis como una cosmovisión. En la medida en que no se ubica en ese modo de pensamiento, el psicoanálisis no se arroga la capacidad de hacer predicciones ni tampoco pretende establecer *lo que debería ocurrir*. Nada de ello es posible para la ciencia freudiana, ni en condiciones de estabilidad ni en condiciones de excepcionalidad. Cuanto mucho, el psicoanálisis aporta una modesta perspectiva sobre lo que entendemos que sucede, sin nada que decir, insistimos, sobre lo que creemos que deberá acontecer.

XV

Los movimientos sociales y políticos suelen luchar contra algún tipo de injusticia, injusticia que puede referir a lo económico, los DD. HH., el derecho a la información, el trabajo, etc. El valor que rige estas acciones, por lo tanto, es la justicia, y desde allí se cuestionan las prácticas abusivas del neoliberalismo, y el desamparo al que este último condena a gran parte de la sociedad.

Sin embargo, la gramática política que le es propia a tales batallas, si bien es válida para pensar las decisiones concretas que toman los gobiernos neoliberales, resulta ineficaz para comprender la lógica con la que piensan sus votantes (y la que utilizan sus referentes para hablarles). En efecto, a tales votantes no los convoca la *injusticia social*, no los interpelan las causas de la pobreza, por ejemplo. Es cierto que pueden expresarse de manera acusatoria, denunciante, ante lo que imaginan como atropellos de los gobiernos populares, pero no exige mucha tarea advertir que se agarran de consignas que no tienen consistencia, que son frases vacías, *fake news*, y que solo les importa contar con tres o cuatro palabras que conjugar en una oración para denostar a algún líder popular. La urgencia por *creer* en algo, que a su vez no exige mucho esfuerzo, pone de manifiesto que la escasa energía que los votantes neoliberales dedican a la política está más empujada por un tipo de angustia ligada al descreimiento¹³; esto es, luchan contra la propia incapacidad de creer. Algo similar planteó Dejours cuando



11. Sigmund Freud, “De guerra y muerte. Temas de actualidad” (1915), en *Obras completas*, vol. xiv (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 286. La cursiva es mía.

12. Sigmund Freud, “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]), en *Obras completas*, vol. xxii (Buenos Aires: Amorrortu, 1991).

13. Véase: Sebastián Plut, “El voto emocional y los desafíos del populismo”, *Página/12*, agosto 1, 2019. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/209527-el-voto-emocional-y-los-desafios-del-populismo> (consultado el 20/07/2020); Sebastián Plut, “Por qué alguien cree lo no creíble y lo reproduce?”, *Página/12*, enero 16, 2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/240948-por-que- alguien-cree-lo-no-creible-y-lo-reproduce> (consultado el 20/07/2020).

sostuvo que “habría que reemplazar el objetivo de la lucha contra la injusticia y el mal por una lucha intermedia, que no está directamente dirigida contra el mal y la injusticia sino contra el proceso mismo de banalización”¹⁴.

XVI

Puede sonar fuerte, quizá excesivo, pero lo diré así: *la pandemia es la muerte en vida*. Según explican los especialistas, el virus no puede considerarse un ser vivo, pese a cumplir dos funciones que lo acercan: se relaciona y se reproduce. Tales funciones un virus las realiza en su carácter de *parasitario*. La complejidad del debate sobre este punto entre los biólogos, ciencia que nos es ajena¹⁵, nos exime de la tarea de asumir una posición definida y nos habilita a destacar que, al menos en el terreno del imaginario social, los virus pueden figurarse como los *zombies* a los que la literatura y el cine han dado vida. Pensar la presencia del virus como *la muerte en vida*, entonces, es una expresión que está en el límite entre la metáfora y la descripción concreta, y condensa tres sentidos posibles. En primer lugar, por el mismo carácter de parásito ya mencionado, cual elemento que vive de lo ajeno, que se nutre de la vitalidad del huésped. Luego, por el destino al que conduce al organismo atacado, al menos si el programa del virus no logra ser interferido a tiempo. Por último, porque el carácter pandémico del COVID-19 nos ha igualado a todos los seres humanos de un modo en el que quizás solo la muerte lo hace.

XVII

14. Christophe Dejours, *La banalización de la injusticia social* (Buenos Aires: Topía, 2006), 41. La cursiva es mía.

15. Esta ajenidad, no obstante, no nos hace olvidar que diversas hipótesis fuertes de Freud (sobre la pulsión, la filogénesis, el pensamiento, etc.) se asientan en supuestos sobre el cuerpo biológico, químico y neuronal.

16. Lógicamente esta proposición no desconoce que las diferencias económico-sociales luego redundan en mayores protecciones para unos y mayor desprotección para otros.

El coronavirus no impone un riesgo sectorizado, ni por condiciones sociales, ni por formas de vida ni por genética familiar. De allí que los adalides del neoliberalismo en Argentina lograron cierto efecto transitorio en movilizar a parte de la población en contra del presunto *comunismo* del Gobierno nacional. Una de mis tesis parte de este rasgo central de la pandemia: el estupor que produce el coronavirus responde a su potencial letalidad, a su acelerada circulación y, sobre todo, a su rasgo *socializado*, que no reconoce diferencias de ningún tipo¹⁶.

¿Por qué esta *desdiferenciación* de la acción viral constituye el núcleo del espanto que provoca? Es este singular rasgo del virus, creo yo, lo que cuestiona las fábulas naïfs del neoliberalismo; en eso el virus contradice sus pretensiones meritocráticas. Todos en cuarentena, todos con barbijo y no solo porque rige una normativa oficial, sino porque en esto no hay exentos, ni por dinero, ni por presunciones aristocráticas.

El virus es indiferente al ADN neoliberal del individualismo, al que enciende y en el que se apoya. Como la muerte, entonces, el COVID-19 nos recuerda que *todos somos iguales*.

XVIII

Dicha tesis incluye otra hipótesis: el individualismo y el odio¹⁷ se alimentan recíprocamente y su telón de fondo es la intensa necesidad de los sujetos, o de muchos de ellos al menos, de proyectar en otros el inevitable desvalimiento humano. El ser humano no convive amigablemente con su propia vulnerabilidad y precisa de argucias para suponer que es un asunto de otros. En ese sentido el virus impone férreamente un freno a esa pretensión e ilusión proyectiva¹⁸.

No en vano Freud dijo que el amor propio de la humanidad fue afrentado de tres maneras, una de ellas por Charles Darwin cuyos descubrimientos refutaron la siguiente ilusión: *“En el curso de su desarrollo cultural, el hombre se erigió en el amo de sus semejantes animales. Mas no conforme con este predominio, empezó a interponer un abismo entre ellos y su propio ser”*¹⁹. Prevalecer sobre otros e interponer un abismo con ellos son dos operaciones que el amo neoliberal ejecuta también con sus semejantes humanos. Pretende, así, desestimar el lazo con el Otro, el otro del trabajo, de la política, de la patria e, incluso, de la especie humana. Muchos años después, Freud sostuvo que, si admitimos la herencia de la especie, *“habremos tendido un puente sobre el abismo entre psicología individual y de las masas”*²⁰.

La categoría *herida narcisista*, entonces, describe un severo problema de la convivencia humana, ya que nuestra irreductible pequeñez es percibida tantas veces con un insoportable sentimiento de inferioridad.

XIX

¿No debería asombrarnos que observemos con tanta sensación de extrañeza la presencia de un virus, como si no perteneciera al orden natural de este mundo, y luego percibamos al capitalismo como si fuera el orden natural de nuestra convivencia?

17. Nos referimos a formas del odio como la xenofobia o los prejuicios, todas modalidades de la hostilidad que requieren de la exclusión de un sujeto o un colectivo.

18. Es notable cómo las ciencias sociales caen en esta misma tendencia al enfocarse, frecuente y exclusivamente, en los problemas de la pobreza. Por ejemplo, es habitual que cuando

se trata el tema del embarazo adolescente el debate gire en torno de las jóvenes vulnerables. Si bien es cierto que hay allí una urgencia social, también es posible que se invisibilice de ese modo que hay problemáticas de desvalimiento que son transversales a la sociedad. Un ejemplo similar lo hallamos en una investigación sobre fertilización asistida, cuando nos preguntamos por qué al tratamiento de *ovodonación* no se lo denomina *ovorecepción*, en la medida en que lo central corresponde a la mujer que recibe el óvulo y no a la que lo dona. Ver: Sebastián Plut, “Las motivaciones de los anticuarentena”, *Página/12*, mayo 18, 2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/268657-las-motivaciones-de-los-anticuarentena> (consultado el 20/07/2020). En esa misma línea, suele estudiarse el presunto conflicto con el deseo de ser madre en las mujeres infériles, cuando dicho conflicto puede presentarse en cualquier mujer. Huelga recordar que problemas sociales como el consumo de drogas o el delito, entre tantos otros, también suelen pensarse como problemáticas de las poblaciones vulnerables. Insisto, entonces, en mi tesis: el prejuicio no es el *non plus ultra* de estas representaciones sociales, sino que detrás de aquel se encuentra la imperiosa necesidad de deshacerse del registro del propio desvalimiento.

19. Sigmund Freud, “Una dificultad del psicoanálisis” (1917 [1916]), en *Obras completas*, vol. xvii (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 132. La cursiva es mía.

20. Sigmund Freud, “Moisés y la religión monoteísta” (1939 [1934-38]), en *Obras completas*, vol. xxiii (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 96. La cursiva es mía.

XX

La aceptación de las restricciones por la cuarentena desde el inicio parece haber sido bastante mayoritaria. Dicha obediencia, sin duda, puede acompañarse de acuerdos o desacuerdos con la norma. Los casos de *transgresión* han sido pocos, pero resonantes, aunque lo más significativo aun fueron las incitaciones a la desobediencia desde ciertos sectores de la oposición neoliberal.

Habitualmente, el modelo utilizado para comprender las *transgresiones* ha sido, dicho en términos psicopatológicos, el de la psicopatía o la sociopatía. Es decir, ese marco interpretativo que detecta un sujeto que no se aviene a las reglas y normas y se supone a sí mismo exceptuado de tener que cumplirlas.

Sin embargo, los votantes neoliberales²¹ no se caracterizan por esos rasgos; su transgresión no se funda en un genuino sentimiento de injusticia o en un desacuerdo argumentado²². Entendemos que el clima en el que quedan envueltos, en una solución que combina su propia incapacidad con los eslóganes que les ofrecen los medios, es el del descreimiento. En suma, es una *batalla* entre dos posiciones antagónicas, sino entre una convicción y la imposibilidad de confiar²³. Si se quiere, no es lo mismo fundar una confrontación política a partir de un sentimiento de injusticia que sostenerla, de manera dispersa y ambigua, desde el estado de desgano²⁴.

Esto nos ha llevado a sostener que el neoliberalismo es a la política lo que el evangelismo es a la espiritualidad, entendido el evangelismo como una forma regresiva del creer.

XXI

Como parte de los embates contra el Gobierno nacional (en Argentina), los representantes del neoliberalismo, que priorizan su renta a la salud de la sociedad, convocaron a una marcha el día 7 de mayo del 2020, bajo la consigna “*No queremos comunismo*”. Pese a que la convocatoria fue muy difundida en las redes y en los medios, y se habló de ella hasta el hartazgo, la concurrencia fue casi nula. De inmediato circularon fotos en las que se veía a un sujeto absolutamente solo y munido de su cacerola para protestar. En paralelo, quienes apoyan al Gobierno expresaron su burla por el escaso éxito de la convocatoria y su satisfacción porque esta no hubiera contado con el apoyo de los ciudadanos.

Sin embargo, creo que hay una lectura errónea en esta complacencia con el fracaso de la marcha, pues omite comprender que los ideólogos neoliberales no ven en las manifestaciones una acción política importante, así como tampoco les preocupa demasiado el destino de sus propios votantes. Si bien, posiblemente, habrían festejado

una mayor concurrencia, lo cierto es que su éxito no radica en ello, sino en intrusar la mente de quienes los apoyan²⁵. Se sabe que sus votantes no son *militantes* que salen a las calles sino, más bien, audiencia de la televisión, lectores de los diarios, y que se agrupan de ese modo²⁶. De hecho, raya con el absurdo suponer que algo de la política nacional tiene algún sesgo comunista, de modo que solo consistió en despertar un antiguo fantasma de Occidente que no tiene, hoy, ningún asidero objetivo, salvo que consideremos, como ya hemos dicho, que lo más similar a la igualdad absoluta es la vivencia promovida por la acción del virus.

XXII

A nivel regional, el mayor exponente del negacionismo sanitario es el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, quien entre otras funestas expresiones sostuvo que “*la libertad es más importante que la propia vida*”. Ya dedicamos otras páginas a diseccionar el tipo de discurso falso que ostenta la retórica neoliberal, un discurso que no solo procura encubrir sus intenciones y actos, sino que se propone desquiciar la mente de sus destinatarios²⁷. Por caso, respecto de la citada frase de Bolsonaro, podemos prescindir de toda referencia ideológica para ver en ella un verdadero disparate, pues qué libertad podría ejercerse si se llegara a perder la vida. No obstante, me interesa acá la reflexión sobre lo que encubre la concepción de *libertad* en el neoliberalismo²⁸.

Por un lado, y también se advierte en la frase de Bolsonaro, la libertad neoliberal tiene, supuestamente, un único resguardo, la meritocracia, aunque de poco sirve ante el ingente drama de las desigualdades sociales. De hecho, hemos acuñado ya un neologismo que expresa mejor en qué consiste: la *morite-cracia*, pues esa es la política neoliberal, la de hacer morir, por acción u omisión²⁹.

Freud realiza un distingo en torno de la noción de *libertad*; por un lado, describe el esfuerzo libertario consistente en “*la rebelión contra una injusticia vigente, en cuyo caso favorecerá un ulterior desarrollo de la cultura*”³⁰; por otro lado, afirma que “*la libertad individual no es un patrimonio de la cultura. Fue máxima antes de toda cultura; es verdad que en esos tiempos la más de las veces carecía de valor, porque el individuo difícilmente estaba en condiciones de preservarla*”³¹. ¿En qué consisten las diferencias entonces? ¿Qué es la libertad cuando coincide con el desarrollo de la cultura y qué es cuando no forma parte del patrimonio cultural? Claramente observamos que en el primer caso (libertad como cultura) el valor o ideal que rige es la justicia y, precisamente, lo que plantea Freud para el otro caso —al decir que no es un patrimonio de la cultura— es que la libertad *per se* no es un valor. Dicho de otro modo, esta última es entendida como ausencia de restricciones o, lo que es lo mismo, como el

25. Cuando Mauricio Macri era presidente de la nación explicaba el desastre causado por sus políticas con frases del tipo “*pasaron cosas*”. Si sus votantes aceptaban este tipo de argumento, ¿es verosímil suponer que los va a interpelar una marcha que no tuvo la más mínima realización en los hechos?

26. Véase: Gabriel Tarde, *La opinión y la multitud* (Buenos Aires: Urbanita, 2013).

27. Véase: Plut, *El malestar en la cultura neoliberal*; Plut, *Escenas del Neoliberalismo*; Plut, “Por qué alguien cree lo no creíble y lo reproduce?”.

28. Sebastián Plut, “La libertad es un problema”, *La tecl@eñe*, junio 8, 2020. Disponible en: <https://lateclaenerevista.com/la-libertad-es-un-problema-por-sebastian-plut/> (consultado el 20/07/2020).

29. Plut, *Escenas del Neoliberalismo*.

30. Sigmund Freud, “El malestar en la cultura” (1930 [1929]), en *Obras completas*, vol. xxi (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 94. La cursiva es mía.

31. Ibíd. La cursiva es mía.

imperio de la satisfacción irrestricta resultante de la ausencia de renuncia pulsional o de limitación del narcisismo. Dudosamente, entonces, podemos llamar *libertad* a ese modo de configurar una sociedad en la que el ejercicio de la arbitrariedad de los más fuertes no encuentra ningún freno en la producción incesante de injusticias.

XXIII

Ya consignamos que la cuarentena y el aislamiento social son, simultáneamente, solución y causa de conflictos. Solución pues es la estrategia con la que contamos para preservar nuestras vidas hasta tanto contemos con una vacuna. Respecto del carácter causal de tales medidas, es sabido el conjunto de dificultades y problemas que se crean a partir de allí, ya sea en el plano económico, en el de la denominada salud mental, etc. Los gobiernos que se han orientado en función de la restricción en la cotidianidad de los ciudadanos han sido conscientes del daño y por ello diseñaron numerosas medidas para paliar ya sea el deterioro económico, ya sea los efectos anímicos del encierro.

Sin embargo, los opositores a la cuarentena, quienes exigen que se retome la actividad económica, han instalado un debate en términos antagónicos: *salud* vs. *economía*. En rigor, considerar el daño que las medidas sanitarias generan en la economía (lo cual es consabido) no necesariamente coloca a ambos términos en posición de exclusión recíproca. En primer lugar, ya hemos indicado, por las medidas que cada gobierno es capaz de implementar (subsidios, eliminación de ciertos impuestos, créditos, etc.). Por otro lado, los ejemplos de países que privilegiaron la economía se condujeron hacia una catástrofe, medida en miles de muertos, por lo cual no solo debieron dar marcha atrás en su política, sino que además evidenciaron que no hay economía posible si la población va muriendo cotidianamente. El antagonismo que sí tiene vigencia, entonces, es otro, uno muy remanido y que distingue de raíz a los gobiernos populares de los neoliberales. Se trata del antagonismo entre *libertad de mercado* (dispersión individual sin cohesión social) vs. *intervención del Estado* (ligadura y cohesión social).

XXIV

Un dirigente de la oposición que, no obstante, está de acuerdo con las medidas adoptadas por el Gobierno nacional, describió del siguiente modo su impresión: “*esto no es broma, se acabaron los privilegios*”. Pese a su afiliación partidaria, este sujeto no forma parte de quienes ostentan privilegios. Es un hombre trabajador, que vive de un salario y tiene un modesto patrimonio. Su frase, pues, revela el profundo significado que tiene, en gran parte de la población, la idea de *privilegios*. Si se tienen

en cuenta los diferentes recursos que cada quien tiene para sobrellevar la situación, no podríamos acordar con este sujeto, pues el respaldo económico individual, el mayor o menor confort de una vivienda, etc., muestran que los privilegios siguen teniendo un lugar consolidado en la sociedad. Sin embargo, su expresión surge de la igualdad en la que todos estamos frente a la posible enfermedad, y no tanto en relación con las soluciones, sean al contagio, sean a la cuarentena.

XXV

Hay quienes sostienen que el humano anhela encontrar *coherencia* en el mundo, y que allí se ligan la confianza en el orden externo y en la propia capacidad de pensar y percibir. Cuando dicho orden se altera o se quiebra, el sujeto padecería la vivencia de habitar un mundo incoherente y cierto tipo de angustia sería su corolario. Los rasgos salientes de dicho orden o coherencia serían dos por lo que entendemos: por un lado, un criterio que establece qué es organización (o por qué definimos que algo está —o no está— ordenado) y, por otro lado, su estabilidad en el tiempo.

Estas proposiciones, a las que podemos atribuirles algún acierto, exhiben, sin embargo, un doble sesgo generalizador, ya que no para todos los sujetos *orden* significa lo mismo (cada quien puede tener ideas variables sobre lo que significa un mundo organizado) y, al mismo tiempo, también difieren, muy posiblemente, los efectos que tiene, en cada quien, el momento en que aquella coherencia queda cuestionada o modificada.

Asimismo, advertimos un anhelo ilusorio en la concepción citada, consistente en suponer que el orden es un *dato* del mundo, cuando, en rigor, corresponde a los modos de configuración de los sistemas perceptuales y representacionales del sujeto. A su vez, contiene también cierto riesgo ya que aquellos principios se asientan en un supuesto más que dudoso, a saber, que el ser humano ostenta una férrea coherencia. Algo similar podríamos decir del mandamiento que reza “ama a tu prójimo como a ti mismo”, que muchas veces ha sido cuestionado en su primer sector (¿por qué debería amar tanto a mi prójimo?), pero que debería ser revisado en su segunda premisa. En efecto, los psicoanalistas sabemos bien que los grados de masoquismo y de goce de los sujetos ponen serias dudas acerca de que cada quien se ame a sí mismo lo suficiente.

XXVI

Volvamos, entonces, al problema de la coherencia. Independientemente de cuál es el juicio que determina por qué alguien discierne que hay (o no) coherencia, esta se puede



dar en dos sentidos: entre una afirmación y un hecho, o bien entre dos afirmaciones (por ejemplo, entre un pensamiento y una conclusión).

Quiero resaltar lo que, sin embargo, es obvio: que la incoherencia no siempre es vivida como tal y que hay sujetos que luchan sostenidamente para defenderse de un juicio, proveniente desde el propio Superyó, que los anoticia del absurdo o necesidad que impera en sus razonamientos.

Si bien dijimos que un tipo de coherencia se establece entre dos pensamientos, ¿qué ocurre cuando el sujeto prescinde de los hechos? Debemos agregar que también importa el grado de complejidad del pensamiento, ya que en los razonamientos más abstractos es posible permanecer, aunque sea transitoriamente, distante del mundo concreto, pero tal cosa no es posible cuando son pensamientos simples, descriptivos, etc.

Recordemos que Freud se refirió a los vínculos caracterizados por la presencia física y la ausencia psíquica, por ejemplo, cuando un padre está al lado de su hijo, pero con cierta desconexión afectiva respecto de él. También puede darse a la inversa, como en los procesos de duelo en los que el Otro ya no está físicamente, pero perdura psíquicamente dentro de sus deudos.

En nuestros estudios sobre la retórica neoliberal y el modo en el que opera la opinión pública que adhiere a ella, hemos observado que se da una combinación entre pensamientos de extrema simplicidad, que prescinden de los hechos, pero que al mismo tiempo refieren a presuntos sucesos ocurridos. Se trata de situaciones en las que la presencia psíquica (de una frase, por ejemplo) resulta argumento suficiente para suponer su presencia física, todo lo cual supone una severa afectación del juicio de existencia³².

De hecho, si tal como señaló Freud, el juicio de atribución es anterior al juicio de existencia, no se trata únicamente de un dato del desarrollo evolutivo, sino que nos indica que un sujeto puede juzgar algo negativamente (o positivamente) sin preguntarse si aquello existe.

XXVII

La configuración de la obediencia neoliberal es uno de sus procedimientos más logrados, pues no se expresa bajo la retórica imperativa, pero no porque carezca de ella. Al contrario, constituye un sistema intenso de mandatos, solo que revestidos de espejismos del deseo. En rigor, es una operación más compleja que un revestimiento, en la medida en que introduce un trastocamiento profundo de los códigos discursivos. El sujeto neoliberal ostenta una libertad narcisista³³, una libertad que no admite restricciones, aunque, como es inevitable y obvio, las limitaciones las padece por

32. Cuando un sujeto, por ejemplo, desconfía de su pareja, suele ocurrir que, si no encuentra ninguna evidencia, concluya que es porque esta prueba permanece muy bien escondida y no porque no exista.

33. Plut, "La libertad es un problema".

doquier. Es un individuo que abomina de todo ordenamiento social y colectivo, como si en esas pertenencias hallara injustos impedimentos, sin poder captar que allí están los caminos para afrontar su desvalimiento, los riesgos de la existencia.

El sujeto neoliberal, pues, no asume *tener qué*, ya que esa expresión es vivenciada, sea cual sea la circunstancia, como una arbitrariedad que no dudará en impugnar, aun sin saber de qué se trata. Aquel sujeto es libre, decide, desea, elige y hará todo cuanto *pueda*, pero nunca se dispondrá a detectar que ese *poder* es falso. Más aun, es producto de una *tergiversación*, de una *perversione retórica*, que esconde una obligación, tal como fácilmente observamos en la precaria motivación de quienes se entusiasman el leer manuales que les dicen “usted puede ser emprendedor”. El sujeto, aunque se esfuerza por no saberlo, no siente que puede, sino que debe, y ambas cosas son de pleno rigor: deberá hacer algo que, no obstante, no podrá. Su rebeldía, finalmente, no encontrará destinatario más que sí mismo, pues en un mundo en el que no hay otro, en el que no hay un orden que nos determina, solo podré oponerme a mí mismo, a lo que presuntamente deseo, ya sea ser emprendedor, feliz, exitoso, etc. El desenlace no se hace esperar, pues todo ese proceso consume la propia energía, de lo cual resulta invariablemente el desgano, el cansancio.

XXVIII

Tras las ideologías se esconden los modos del pensar, y son estos los determinantes de aquellas, y no a la inversa. Una vez que he cedido en la exigencia de coherencia, en la necesidad de exhibir consistencia entre mis enunciados, o entre estos y las diferentes dimensiones de la realidad, recién en ese momento podré aparentar la ideología neoliberal. Sin duda, esta ideología es solo una mascarada que me permite escotomizar un vacío lógico y afectivo que me conducirá, por vía de mi egoísmo, a un final que no por contradictorio logra quedar inhibido: cuanto mayor sea mi *soloyismo* más me arrojaré al abismo de mi autofagocitación.

XXIX

Suelo tener un debate con colegas, también críticos del neoliberalismo, que sostienen que el sujeto neoliberal es un ser aspiracional, que adhiere a una ideología en la medida en que cree que algún día alcanzará una posición de privilegio. Son sujetos, dicen mis colegas, que se han identificado con los privilegiados y que creen que algún día, con su esfuerzo y mérito, alcanzarán ese estatus tan deseado. Por mi parte, no veo que sea así, no considero que tal sea la ilusión de aquellos sujetos. No creo, pues,

que la *identidad* en tales casos remita a una identificación, sino más bien a un modo de pensar, una modalidad de afirmar y emitir juicios en los que solo veo una realidad que es idéntica a lo que pienso.

XXX

Hemos descripto, si bien fragmentariamente, lo que entendemos como maniobras subjetivas de la indefensión, promovidas desde la retórica neoliberal y solicitadas por un conjunto de sujetos que desmienten, por esa vía, su propia carencia de pensamiento. Hoy, estos sujetos, votantes de la autofagocitación, despliegan un odio que, por más hipótesis que desarrollemos, no deja de ser desconcertante. Ese odio está intensamente dirigido contra la cuarentena, a la que se le atribuye una arbitraria y despótica restricción de la libertad, aunque ya consideramos cuál libertad es. Aquel odio, a su vez, tiene un fundamento aun más preciso. En efecto, se odia la cuarentena porque, aunque nos protege de la pandemia, también la pone en evidencia y todo lo que hay en esta última podría conducir, vía isomorfismo, a inteligir el carácter deletéreo del mercado. A su vez, rechazar la cuarentena y desconocer la pandemia tiene aun otra función: desestimar, como sea, todo signo —biológico o cultural— que nos recuerde nuestro desvalimiento y lo colectivo, que somos todos de la misma especie. Resulta indudable, pues, que el desenlace de aquel odio es una creciente indefensión. No obstante, cuando el individuo no lucha por sus derechos sino por el privilegio de no pensar, su odio persistirá contra toda racionalidad colectiva y, para ello, solo escuchará la voz que gritan sus propios oídos. El protagonista de *El Aleph*, el cuento de Borges, decía: “*Carlos, para defender su delirio, para no saber que estaba loco, tenía que matarme*”. Hoy debemos asumir, como una tarea política fundamental, ayudar a los Carlos para que no necesiten morir ni matarnos.

BIBLIOGRAFÍA

- DEJOURS, CHRISTOPHE. *La banalización de la injusticia social*. Buenos Aires: Topía, 2006.
- FREUD, SIGMUND. “De guerra y muerte. Temas de actualidad” (1915). En *Obras completas*. Vol. xiv. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- FREUD, SIGMUND. “Una dificultad del psicoanálisis” (1917 [1916]). En *Obras completas*. Vol. xvii. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- FREUD, SIGMUND. “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921). En *Obras completas*. Vol. xviii. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- FREUD, SIGMUND. “El malestar en la cultura” (1930 [1929]). En *Obras completas*. Vol. xxi. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- FREUD, SIGMUND. “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]).

- En *Obras completas*. Vol. xxii. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- FREUD, SIGMUND. "Moisés y la religión monoteísta" (1939 [1934-38]). En *Obras completas*. Vol. xxiii. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- FREUD, SIGMUND. "Conclusiones, ideas, problemas" (1941 [1938]). En *Obras completas*. Vol. xxiii. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- LONGONI, ANA. "No tener olfato". *Revista Anfibio* (2020). Disponible en: <http://revistaanfibio.com/cronica/no-tener-olfato>.
- PLUT, SEBASTIÁN. *Trabajo y subjetividad*. Buenos Aires: Psicolibro, 2015.
- PLUT, SEBASTIÁN. *El malestar en la cultura neoliberal*. Buenos Aires: Letra Viva, 2018.
- PLUT, SEBASTIÁN. *Escenas del Neoliberalismo*. Buenos Aires: Ediciones Ricardo Vergara, 2019.
- PLUT, SEBASTIÁN. "El voto emocional y los desafíos del populismo". *Página/12*. Agosto 1, 2019. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/209527-el-voto-emocional-y-los-desafios-del-populismo>.
- PLUT, SEBASTIÁN. *Los Coronautas. Pánico colectivo y sufrimiento psíquico*. Buenos Aires: Ediciones Ricardo Vergara, 2020.
- PLUT, SEBASTIÁN. "Por qué alguien cree lo no creíble y lo reproduce?". *Página/12*. Enero 16, 2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/240948-por-que-alguien-cree-lo-no-creible-y-lo-reproduce>.
- PLUT, SEBASTIÁN. "Las motivaciones de los anticuarentena". *Página/12*. Mayo 18, 2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/268657-las-motivaciones-de-los-anticuarentena>.
- PLUT, SEBASTIÁN. "La libertad es un problema", *La tec@ eñe*. Junio 8, 2020. Disponible en: <https://lateclaenerevista.com/la-libertad-es-un-problema-por-sebastian-plut>.
- QUIGNARD, PASCAL. *El odio a la música*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1998.
- TARDE, GABRIEL. *La opinión y la multitud*. Buenos Aires: Urbanita, 2013.



